

07

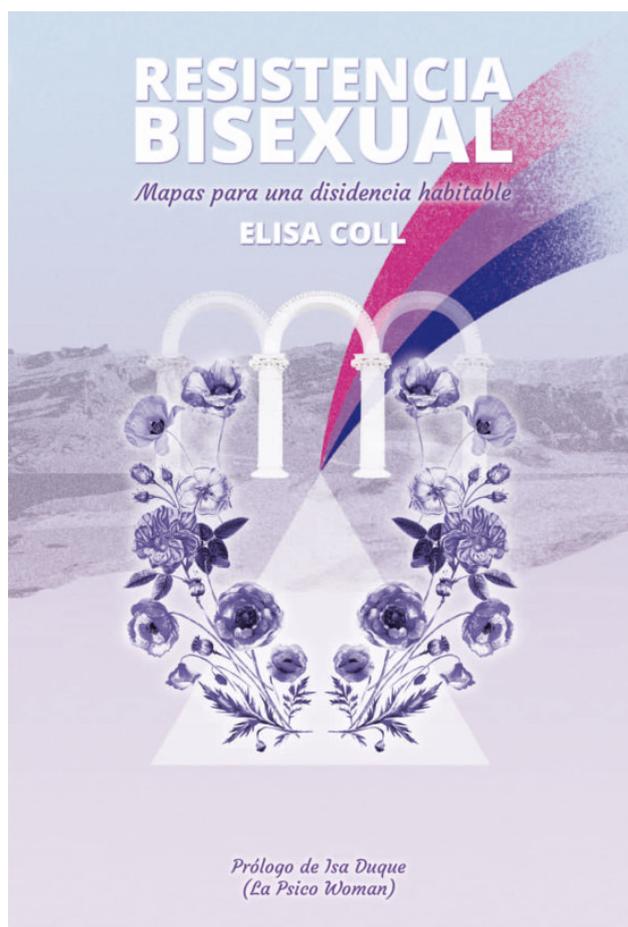
RESISTENCIA BISEXUAL. MAPAS PARA UNA DISIDENCIA HABITABLE

Elisa Coll
Melusina, 2021

MARINA HERNÁNDEZ ROYO

Universidad de Zaragoza

HERNÁNDEZ ROYO, Marina (2021). «Resistencia bisexual. Mapas para una disidencia habitable». *Filanderas. Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas* (6), 85-89.



85

Aeropuertos, estaciones, lugares donde la vida está de paso: no destinos, no lugares. ¿Es la bisexualidad un no lugar? Elisa Coll en su libro *Resistencia bisexual: Mapas para una disidencia habitable* (2021, Melusina) derriba esta hipótesis desde una narrativa que parte de lo personal y subjetivo pero que, coherente e inevitablemente, tiende a lo colectivo y político. Por lo visceral de la narrativa no es posible aproximarse a la revisión de la lectura de Elisa Coll desde una mirada

objetiva porque es, precisamente, la subjetividad y la reflexión personal de la autora lo que hace que este libro conecte con multiplicidad de realidades que buscan —y necesitan— reconocer lo colectivo en sus experiencias.

La lectura de *Resistencia bisexual* es realmente interesante en muchos aspectos tanto para personas bisexuales como para las que no lo son. Sin embargo, reconocerte en las vivencias de otra persona de una manera tan personal, y a la vez tan colectiva, es inusitadamente abrumador. En las primeras páginas del libro, la conexión con la autora va más allá de lo palpable y te descubres diciendo en voz alta: «me ha pasado», «sí soy», «¡total!». En mi caso, la experiencia en este sentido fue aún más allá, pues fue una amiga quien me prestó el libro y me pude reconocer, no solo en las experiencias personales de la narradora, sino en los comentarios escritos a lápiz en los márgenes del libro, que referenciaban los mismos párrafos y las mismas ideas que resonaban en mi lectura. En esos momentos, en los que te ves proyectada en las situaciones de otras personas y en las vidas de otras compañeras te das cuenta del poder que supone «encontrarnos en la disidencia y colectivizar nuestra identidad» (p. 55).

86 Miro atrás y me veo pronunciando las mismas palabras que escribe Elisa Coll en este libro: «quiero ser como ella» (p. 23). No, no era idealización, no era admiración; o quizá sí... pero también era deseo. En el primer capítulo del libro, lo colectivo de la bisexualidad se enfatiza página a página cuando en las palabras de la autora, subrayadas a lápiz, reconozco (no solo) mi experiencia: «El no tener en la cabeza el concepto de lo que eres no impide que lo seas, impide que tengas herramientas para identificarlo y puedas construir tu identidad siendo consciente de ello» (p. 25). ¿Cómo podemos entonces ser si no somos conscientes de que la bisexualidad existe? Conceptualizar la bisexualidad como un lugar que habitar es una tarea complicada ya que para ello debemos ser capaces de situar la bisexualidad en nuestro imaginario colectivo y la invisibilización de las personas bisexuales, máxima expresión de la bifobia, no nos permite reconocer nuestra identidad y apropiarnos de un espacio que también es el nuestro. «La B no es de bicicleta» (p. 27), menciona la autora al empezar la obra, algo que, bajo la apariencia de una pequeña broma para conectar y crear complicidad con la persona que lee el texto, tiene gran peso en el discurso de la bisexualidad por la frecuencia con la que las bisexuales nos sentimos impostoras en relación a la pertenencia al colectivo LGTBQA+. No, la B no es de bicicleta y la B tampoco se limita a existir dentro de los límites de las fantasías de la heteronorma donde generalmente las mujeres son objetos sexuales sin agencia. El discurso de la autora se posiciona entorno a la idea de que las bis existimos y tenemos vivencias que van más allá del placer y la diversión que se asocian en el imaginario colectivo nuestra identidad: «Sin carga identitaria ni política, desprovista de todo lo que la hace peligrosa, la bisexualidad vista como dócil y divertida, como una

mera forma de pasarlo bien sin cuestionar nunca la heteronorma» (p. 35). Una definición como esta hace de la bisexualidad un no lugar, donde no se puede vivir y donde solo se está de paso; una línea divisoria que separa la heterosexualidad y la homosexualidad, la norma y la disidencia, como si estos conceptos no fueran en sí opuestos y excluyentes. Para Coll, la concepción de la sexualidad como una línea *straight/queer* no es del todo válida, debemos dejar esa idea de lado para concebirla como un mapa.

La línea no tiene nombre, ni historia, ni cultura, ni habitantes, porque su función es definir dónde empieza y dónde acaba el nombre, la historia, la cultura y las habitantes ajenas [...]. No se construyen casas en las líneas de los mapas: necesariamente estas deben estar a un lado o a otro. En este lugar no se puede vivir (p. 37).

La bisexualidad es disidencia y no podemos abordarla únicamente desde el deseo —hacia tu mismo género y otros— sino desde las implicaciones que supone *ser* fuera de la norma, como lo es la violencia. Es cierto que como mujer cis bisexual puedo pasear tranquilamente de la mano de mi pareja cis hombre bisexual por las calles de cualquier ciudad sin enfrentarme a miradas amenazadoras, que rechacen mi existencia y que renuncien a compartir espacio público conmigo y eso, no se puede negar, es privilegio. Pero formar parte de una relación leída como heterosexual también acarrea su violencia. El *passing* heterosexual implica invisibilización, malestar y violencia:

[Hablar] de privilegio heterosexual en personas bisexuales significa limitar la experiencia personal a lo visible, dejando fuera la bifobia interiorizada, la salud mental, la salud física, la violencia en espacios privados, la violencia institucional, la falta de recursos y un largo etcétera (p. 102).

Por todo esto: no, no somos impostoras dentro de la disidencia sexual y no debemos, por lo tanto, seguir cargando con ese «miedo a apropiarnos de una categoría a la que tenemos derecho» (p. 56). «No, tú no eres bisexual, tú eres pansexual/polisexual/omnisexual». Si me hubieran dado dinero cada vez que he escuchado esta frase no sería rica, pero quizás podría haberme comprado una entrada para un concierto de Carriño.¹ Si algo hemos aprendido a lo largo de los años es la necesidad imperante de nombrar(nos) para existir, para reconocernos en una memoria histórica común pero, todavía a día de hoy, nombrarse bisexual parece ser objeto de debate para quienes piensan que la B supone reforzar la norma de un sistema binarista donde solo cabe la dicotomía de género. La autora se hace eco de esta reflexión tan

1. Grupo musical que escribió una canción titulada «Bisexual» y cuya letra es citada en *Resistencia Bisexual* por Elisa Coll: «Me gustan las chicas, ¿cómo pudo pasar? Me gustan las chicas, no lo puedo explicar».

expandida y explica que en todas las identidades del colectivo LGTBIOQA+ se difumina el binarismo de género y tienen cabida muchas identidades: ¿por qué, entonces, solo nos planteamos esta pregunta en la B?

[...] decir que la bisexualidad es binarista a estas alturas de la película es un argumento tan manido como caduco, es como decir que bailar reggaetón es machista o que practicar BDSM es violencia, y que se siga diciendo solo demuestra la vasta invisibilidad que aún pesa sobre la bisexualidad (p. 52).

88

Más allá de la etiqueta de binarista, las personas bisexuales (también) somos tachadas de confusas, curiosas y parece que el cuestionamiento y reconocimiento de nuestro deseo sea una mera etapa para bien confirmar o desmentir si sentimos deseo hacia nuestro género u otros. Etimológicamente hablando, la bisexualidad se definió a finales del siglo XIX como una «fase inmadura o una patología» (p. 51) en relación con el deseo. Podríamos pensar que, casi dos siglos más tarde, esta noción de «etapa» asociada a la bisexualidad estaría completamente eliminada de nuestro imaginario. Pero términos como *bicuriosas*, *heteroperos* y *heteroflexibles* siguen presentes en discursos actuales y la autora no deja escapar la oportunidad de reflexionar sobre la curiosidad a raíz de ellos. La curiosidad, la confusión y la flexibilidad restan agencia y por lo tanto identidad porque lo que cuenta es lo «hetero», donde no salir de la línea recta, lo *straight*, supone una «tranquilidad normativa» (p. 62) tanto para quienes se cuestionan su identidad sexual como para quienes la leen desde fuera. Ahora bien, esta infantilización del deseo también ocurre dentro del propio colectivo disidente bajo la concepción de que las bisexuales exploramos nuestro deseo probando sexualmente con lesbianas; como afirma Coll,

[esta idea], además de estigmatizarnos, quita agencia de forma un poco paternalista a las lesbianas que libremente deciden enrollarse con las bis (como si no tuvieran poder de decisión), y además parte de una noción del sexo con dejes románticos, moralistas y heteropatriarcales: el sexo como estructura de poder en sí misma [...] (p. 116).

Desgraciadamente, esta concepción del deseo y la identidad como confusión, como algo no válido influye mucho en la construcción de nuestra disidencia sexual; no obstante, es importante tener en cuenta que la curiosidad no tiene por qué ser algo negativo, ya que no es ajena a la identidad y en sí misma supone un cuestionamiento. La bisexualidad es también «para las confusas e indecisas, para quien aún no se atreve a decirlo, para quien llega pronto y para quien se da cuenta de repente en plena edad adulta» (p. 56).

Bollera, marica... Siempre me ha sorprendido la capacidad que tienen y han tenido siempre las disidencias de redefinir conceptos y de reapropiarse de términos peyorativos para hacerlos propios, para llenarlos de poder y lucha. Pero *¿han tenido?* o *¿tenemos?* Las bisexuales no tenemos un insulto del que apropiarnos, «porque no hay una idea generalizada de lo que es ser bisexual» (p. 151). Somos invisibles, pero podemos aprovecharnos de ello porque, al no tener nada de lo que apropiarnos, podemos escribir sobre esa hoja en blanco que menciona la autora para construirnos no en oposición a un estereotipo, sino desde nuestro propio discurso.

Resistencia bisexual supone un viaje sobre todas estas cuestiones, colectivas y universales, desde una mirada tan íntima y autobiográfica que cuando acaba, no queremos irnos; porque sabemos que hemos llegado a un lugar donde quedarnos.